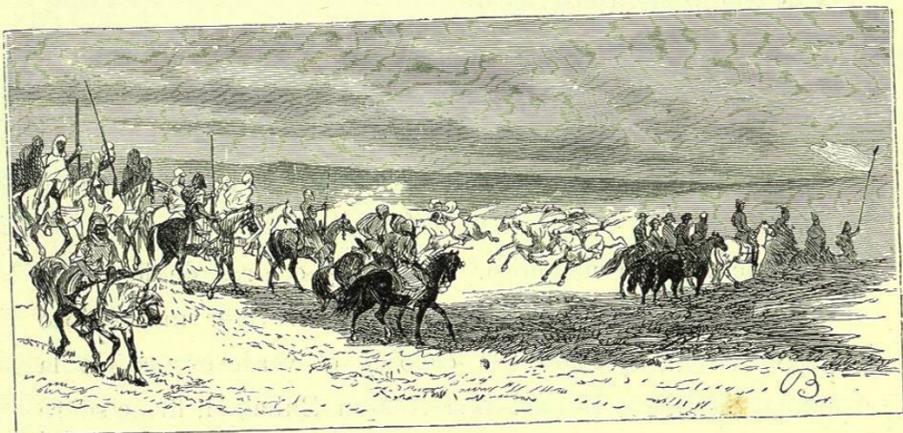


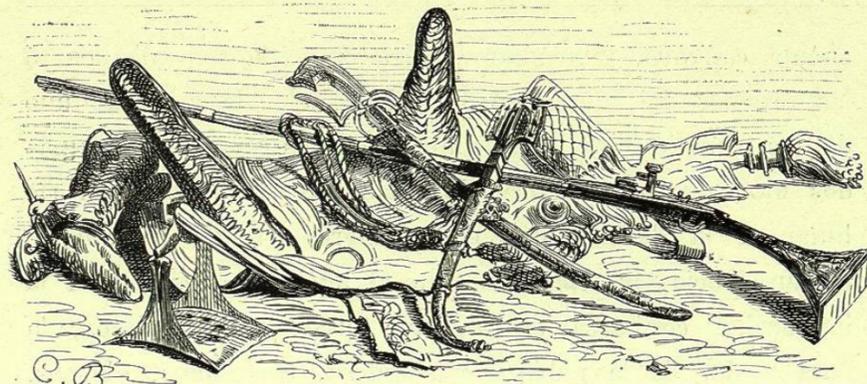
desordenarse; mas tales maravillas hizo aquel día que llegué á sospecharlo. Habríase dicho que sus movimientos todos y todas sus combinaciones de colores habían sido previamente ensayados por un hábil coreógrafo. En medio de un grupo de jinetes con capas azules, por ejemplo, distinguíase siempre uno que la ostentaba blanca: en medio de un grupo de caftanes blancos, caía siempre á propósito, como la pincelada de



Lab-el-barode en Alcázar

un pintor, un albornoz rosado. Los colores armónicos se buscaban, se unían, marchaban agrupados durante el tiempo empleado en dar una carga, después de la cual se separaban para formar otra armonía. Eran trescientos y parecían un ejército: se les veía en todas partes: se multiplicaban: revolaban en derredor nuestro como numerosa bandada de aves; nos ensordecían; nos deslumbraban; enamorábannos, y hacían desesperar á los pintores.

—¡Bribones, — decía Ussi, — quién os tuviera en Florencia al alcance de la mano!



Aparejos de jinete marroquí

ALCÁZAR-EL-KIBIR

AL llegar á un punto determinado, el embajador hizo una señal al cadí: la escolta se detuvo, y nosotros, acompañados por algunos soldados, nos dirigimos á examinar los restos de un puente que se distinguían á corta distancia. Llegados á la orilla del riachuelo sobre el cual estuvo aquél un tiempo levantado, detuvimos y pudimos observar que sólo quedaban del mismo insignificantes señales en la opuesta margen. Durante algunos minutos, absorto cada uno en sus pensamientos, estuvimos contemplando en silencio aquellos restos informes y la campiña en que nos hallábamos.

La verdad es que el sitio era digno de aquel testimonio de mudo respeto. Sobre aquel campo florido, hacía doscientos noventa y siete años, el 3 de Agosto de 1578, tronaban cin-

cuenta cañones, y hendían el aire cuarenta mil caballos, á las órdenes del más diestro capitán del África, y de uno de los más jóvenes, más emprendedores y más infortunados monarcas de Europa. Por las márgenes de aquel río huían á la desbandada, caían sobre arroyos de sangre, pedían gracia, precipitábanse en el agua para escapar á la implacable cimitarra de árabes, turcos y berberiscos, la nata y flor de la nobleza portuguesa, cortesanos, obispos, soldados españoles y guerreros de Guillermo de Orange, aventureros italianos, austriacos, franceses, y la caballería musulmana cortaba la cabeza á seis mil cadáveres cristianos. Hallábamonos en el sitio en que tuvo efecto la memorable batalla de Alcázar-Kibir, cuyo desastroso éxito para las armas cristianas llevó la consternación á todas las cortes europeas, y arrancó un grito de júbilo desde Fez á Constantinopla. Aquel río era el Mkhacem. Sobre aquel puente pasaba, en la época en que se dió la batalla, el camino de Alcázar. Cercano al puente hallábase establecido el campamento de Muley-Moluk, sultán de Marruecos. Éste procedía de Alcázar; el monarca portugués venía de Arcilla. La batalla tuvo lugar en la inmensa llanura que cruza la corriente de aquel río.

¡Qué de ideas nos sugería aquel campo de matanza! Mas, excepción hecha de los restos del puente, nada existía que de ella guardara señales.

¿Hacia qué lado se había dirigido el duque de Riveyro, guiando á la caballería que dió con tanta fortuna sus primeras cargas? ¿Dónde había peleado Muley-Hamed, hermano del Sultán, conquistador futuro del Sudán, sospechoso de cobardía por la mañana, por la noche rey victorioso? ¿En qué sinuosidad del río habíase ahogado Mahomed el Negro, fratricida descoronado que había provocado la guerra? ¿En qué



Marruecos.

La escolta de honor en presencia de la embajada

punto de aquel campo había recibido el rey don Sebastián el balazo y los dos tajos de cimitarra que, con la independencia de Portugal, mataban la postrera esperanza de Camoens? ¿Dónde estaba la litera del sultán Moluk cuando espiró entre sus oficiales, encargándoles que no lo dejaran traslucir á sus gentes?

En tanto que nos entregábamos á tales pensamientos, la escolta, inmóvil en el centro de aquella llanura, nos contemplaba de lejos, cual si hubiese sido un escuadrón de jinetes de Muley-Hamed, brotado del suelo al rumor de nuestras pisadas. Y sin embargo, no había uno solo de aquellos soldados que supiera que aquél había sido el campo de batalla de los tres reyes, gloria y orgullo de sus mayores; y cuando después de habérselos reunido, emprendimos nuevamente el camino, contemplaban aún con mirada curiosa, cual si hubiesen querido descubrir entre aquellas hierbas y aquellas flores, el objeto invisible é inexplicable, causa de nuestra detención.

Atravesamos el Mkhacem y el Uarrur, pequeños afluentes del Kus, ó Lukkos, el *Lixos* de los antiguos, que desde las montañas del Riff, donde se forma, va á echarse en el Atlántico, junto á Larache; y se continuó el camino hacia Alcázar, á través de una serie de colinas áridas, sin más accidente que el encontrar de tarde en tarde uno que otro árabe y algún camello.

Camino andando pensábamos en que al cabo llegaríamos á una ciudad. Iban transcurridos tres días sin haber visto una sola casa, y nos hallábamos dominados por el deseo de salir un día siquiera de la monotonía de la soledad. Unfase á lo dicho la circunstancia de ser Alcázar la primera ciudad del interior á la cual llegábamos, y el saber que éramos en